

El autor, la ciudad y lo real: tres narradores peruanos del siglo XXI

Luis Hernán Castañeda

University of Colorado, Boulder

Seleccionar los textos que conformarán una antología no es tarea fácil. En el juego de inclusiones y exclusiones que implica el trabajo del antologador, siempre habrá algunas piezas cuya pertenencia será cuestionada y otras cuya ausencia será motivo de discusión. Esta insatisfacción parece inevitable si consideramos que el objetivo último de las antologías, el de ofrecer una visión panorámica de un periodo, de una geografía, de una estética, será siempre un horizonte alcanzado a medias. No obstante, si bien es cierto que ninguna antología puede suplantar el conocimiento exhaustivo de una literatura particular, ciertas antologías buscan constituirse en calas dirigidas para el lector, visiones parciales que suponen una determinada comprensión de los fenómenos literarios. Este breve trabajo pretende brindar una lectura particular del más reciente periodo de la narrativa peruana a través de la reunión de tres cuentos significativos.

Los tres cuentos incluidos pertenecen a los primeros libros publicados por sus respectivos autores, los tres menores de 35 años. Estos aparecieron entre los años 2004 y 2007 en casas editoriales limeñas y fueron recibidos con interés por los lectores y la crítica local. En particular, los textos de Chávez y Page destacaron por presentar cierta singularidad; de inmediato, fueron enmarcados dentro de una estética metaliteraria y autorreflexiva, dos adjetivos que para una tradición narrativa como la peruana, generalmente asociada con el realismo, eran índice de novedad y diferencia. En efecto, “1922” (Lima: Estruendomudo, 2005) y “Los puertos extremos” (Lima: Estruendomudo, 2004) son libros en los que la narración de anécdotas verosímiles, la construcción de personajes con densidad psicológica y la representación de superficies urbanas y dinámicas sociales, quedan subordinadas a dos objetivos que bien pueden calificarse de excéntricos: el trazado de una ética de la escritura intransitiva, en el sentido que le da Barthes al término; y el tratamiento poético de la materia verbal y de la estructura narrativa, en el sentido jakobsoniano clásico. Por el contrario, “Punto de fuga” (Lima: Alfaguara, 2007) de Jeremías Gamboa fue rápidamente asimilado dentro de la gran tradición de narrativa urbana realista, adscripción que desde nuestro punto de vista resulta problemática porque soslaya el evento clave al que deriva insensiblemente la anécdota en los cuentos de este

conjunto: la sutil torsión a la que va siendo sometido el principio de realidad, para así producir un régimen de representación permeado por el delirio y la paranoia.

Un punto en que coincidieron los críticos fue en señalar la filiación de estos textos a ciertas direcciones estéticas surgidas en la narrativa peruana de los años noventa: en particular, a la llamada narrativa “esteticista” e “intimista” representada por autores como Iván Thays, Mario Bellatin - autor mexicano que publicó sus primeros libros en el Perú -, Mirko Lauer y Ricardo Sumalavia, entre otros. La huella de estos narradores en el grupo inmediatamente posterior ha sido indudable: la recurrencia de factores estilísticos y temáticos es evidente. Quizá la herencia más destacable se encuentre en la configuración de una ética de la escritura como labor artesanal excluyente - de antecedente flaubertiano -, y en la construcción de una figura autorial instalada en la orilla entre la tradición narrativa peruana y los círculos literarios internacionales contemporáneos - particularmente, el mercado literario español. Así, en los años noventa empezó a gestarse una nueva concepción del autor que privilegiaba el polo del artista verbal cosmopolita - consagrado a la forja de un universo literario personal poblado de referentes de las literaturas europeas y americana del siglo XX -, sobre el polo del autor-intelectual comprometido con el devenir social, imagen autorial que fue suscrita tanto por los herederos del indigenismo como por la narrativa urbana posterior a la generación del 50. Al mismo tiempo, el objeto de representación privilegiado por la tradición realista - en concreto, el conflicto social, sus actores y procesos, desde una perspectiva endeudada con los métodos y objetivos de las ciencias sociales -, se fragmentó y diversificó para replegarse hacia la exploración de mundos íntimos y para retraerse hasta el nivel de la palabra, la expresión y la estructura.

“1922” es el título del primer libro de cuentos de Edwin Chávez, publicado en el 2005. Tanto Chávez como Page se inscriben dentro de un grupo de narradores jóvenes publicados por la editorial universitaria Estruendomudo, la cual desde el año 2004 viene lanzando a numerosos autores noveles que, a pesar de no reconocerse como parte de una generación, admiten la existencia de elementos comunes. Si bien los cuentos que conforman este volumen narran historias autónomas, existe una clave de lectura que descubre el carácter unitario del proyecto: este opera como un balance irónico y anticipatorio de los deseos y frustraciones de la joven promoción de narradores a la que el mismo Chávez pertenece; se trata de un ejercicio comparativo entre la dimensión ideal de la ambición - una ambición no programática, que combina sin conflicto los logros artísticos y el éxito editorial y comercial -, y la dimensión real de los méritos alcanzados, que solo puede aparecer como una proyección imaginativa dada la juventud del mismo autor y su aun corta carrera. El cuento inaugural del libro, “1922,” puede ser leído como la exposición velada de un proyecto literario-vital de índole colectiva, que ha sido transpuesta en el relato de fragmentos de las vidas de autores centrales del canon europeo, como Joyce, Kafka y Proust. Por su parte, el último cuento, “Los escribas de AE,” narra las desventuras vitales y los fracasos profesionales de un grupo de escritores ya maduros - cuyos seudónimos aluden sarcásticamente a los grandes maestros europeos - que se reúnen para conmemorar los orígenes de un movimiento literario extinto. Como se ve, el saldo es negativo: ello queda registrado en el abismal contraste entre el considerado “éxito” de las grandes figuras del canon europeo del siglo XX, y el “fracaso” de un grupo de escritores

periféricos que se asoman al inicio de sus carreras con pasos escépticos. La conciencia autocrítica de un espíritu generacional destinado a marchitarse y desaparecer, de unas promesas nunca cumplidas - que se puede rastrear hasta una de las figuras tutelares de los jóvenes autores peruanos, el escritor chileno Roberto Bolaño, y su novela "Los detectives salvajes" -, recorre los cuentos de este volumen, del cual hemos escogido el cuento titular: "1922."

Los cuentos de Edwin Chávez suelen estar situados en ciudades europeas y norteamericanas que bien pueden aparecer con nombre propio, o ser aludidas mediante detalles reveladores; en las historias de Jeremías Gamboa la presencia de Lima, como teatro y como atmósfera, es constante; por su parte, casi todos los cuentos de "Los puertos extremos" de Johann Page están ambientados en territorios indefinidos que carecen de referentes reconocibles, sea por la indeterminación geográfica o por la naturaleza onírica de los paisajes, convocados por una prosa sinuosa, rica en efectos sonoros y plásticos. Es lo que ocurre en el cuento "Sobre el muro," donde la peripecia central viene a ser, autorreflexivamente, el relato de la construcción del propio escenario del cuento. Un narrador innominado cuenta las penurias y labores a las que se ve sometida una cuadrilla de trabajadores para construir una especie de fortaleza subterránea, que es la única porción de la realidad que les resulta conocida. La atmósfera opresiva del espacio hermético, la disciplina férrea que parece emanar de una autoridad totalitaria, aunque invisible, y la sumisión rutinaria a un objetivo desconocido y tal vez absurdo, aluden a ciertas ficciones de Kafka, y en la tradición latinoamericana, a los laberintos de Borges y a las atmósferas de Onetti; sin embargo, el referente más nítido parece ser la novela "Jakob von Gunten" de Robert Walser. El correlato polémico de la particular imagen de lo urbano que hallamos en este cuento, es la representación de la urbe dentro de la tradición realista dominante: para Page, la ciudad no es el teatro de acción de la lógica social ni del drama individual, sino un efecto particular del proceso de la escritura, en tránsito perpetuo de autoconstrucción. La fortaleza habitada por el protagonista y narrador del cuento, delata los resultados de una cuidadosa depuración; la arquitectura urbana, con su denso y caótico decorado de tráfico y muchedumbre, se ve simplificada - y de alguna forma, intensificada - hasta residir en dos únicas líneas esenciales: el aislamiento del individuo y la paranoia frente a una amenaza exterior, quedan materializadas en la estructura de esta extraña, abstracta ciudad en la que la tensión entre el interior y el exterior rige la vida de sus habitantes.

El motivo que recorre las historias de "Punto de fuga" es el desplazamiento; los cuentos narran aventuras que son siempre trayectos urbanos, recorridos por la topografía de la ciudad de Lima que presentan un doble signo: el movimiento horizontal de los personajes, que va enlazando los diferentes distritos de la ciudad capital - y trazando mapas que interconectan variadas capas sociales -, proyecta un segundo movimiento de naturaleza vertical, que profundiza en la densidad de subjetividades regidas por el delirio. De esta manera, el desplazamiento horizontal y el vertical entablan vínculos bidireccionales, negociando sus respectivos itinerarios a partir del contacto entre la ciudad y la subjetividad. Como lo sugiere el título del cuento "La conquista del mundo," este desplazamiento se presenta en varios casos como una irrupción: los personajes incursionan en geografías sociales que les son ajenas con la intención de posesionarse de ellas - si entendemos la posesión como un término que engloba experiencias diversas, pero siempre marcadas por

un pasaje, una incursión. Encontramos personajes provenientes de estratos sociales bajos que se deslizan hacia zonas exclusivas de la ciudad, pero también sujetos de clase media que entablan relaciones - que funcionan como viajes - con áreas marginales. En estos trayectos intensos y violentos, es común que la subjetividad de los personajes entre en crisis, pero también puede suceder que la superficie urbana misma sufra distorsiones respondiendo al ingreso de una subjetividad delirante: retorcimientos que acaban por afectar - deformar y extrañar - la percepción del mundo representado. Este proceso no implica una salida del registro realista, sino más bien el ingreso de un elemento perturbador, alucinatorio, que lo trastoca. Así podemos entender el cuento antologado, "El edificio de la calle Los pinos," en el cual un periodista y aspirante a escritor que llega a vivir en Miraflores - distrito tradicionalmente asociado con la clase media limeña -, experimenta un desajuste que le produce vivencias paranoicas, a la vez que el escenario urbano - la misma vivienda del personaje - aparece transformado bajo un signo pesadillesco, con aristas góticas e incluso monstruosas.

La escritura como campo de autodefinition del autor, desde una conciencia grupal - por no decir generacional - atravesada por una ironía feroz; la construcción de escenarios imaginarios que reemplazan e interpelan a las imágenes realistas de la ciudad; y el cuestionamiento al régimen de representación realista mediante la alteración subjetiva de la textura urbana, constituyen tres posibles llaves de lectura para indagar en los proyectos de la más reciente promoción de narradores peruanos surgidos después del año 2000. Hasta hace un par de años, existió cierto consenso crítico alrededor de la idea de que la narrativa peruana estaba experimentando un periodo de eclosión, fomentado por una especie de boom de nuevas editoriales independientes: así lo demostró la aparición de estos tres escritores jóvenes, a los que se sumó un número bastante amplio de creadores - Daniel Alarcón, Carlos Gallardo, Alexis Iparraguirre, Marco García Falcón, Ezio Neyra, Leonardo Aguirre, Christopher Van Ginhoven, Carlos Yushimito, Gabriel Ruiz Ortega, Diego Trelles, son solo algunos de ellos. En la actualidad, cuando el fin de la década es inminente y los balances se hacen inevitables, empiezan a lanzarse las primeras miradas retrospectivas, dentro de un clima que combina el análisis crítico del pasado reciente y la expectativa frente a las próximas publicaciones de estos autores.

"1922" —Edwin Chávez

Invierno & primavera

En la fortaleza de Muzot.

En 1514 Isabelle de Chevron y Jean de Montheys contrajeron matrimonio en la fortaleza construida por los Blonay, una unión que, pese a lo esperado, duró poco. Montheys murió un año después en la batalla de Marignan por una espada que le atravesó el estómago, cerca de los intestinos. Cuando el cadáver llegó a Muzot, ella contempló la escena con incrédulo rostro, pero luego de algunos minutos pidió que alejaran aquel cuerpo de su vista, alegando no conocer a dicho hombre. A los tres meses, un par de pretendientes declararon su amor a la viuda de Montheys, se debatieron a duelo y murieron en el acto. A partir de allí Isabelle enloqueció y fue común verla correr en las noches rumbo al cementerio de Miège, donde estaban enterrados su esposo junto a sus dos pretendientes.

No era la primera ocasión que Rilke imaginaba la figura de aquella dama. En su diario, confesó haberla fantaseado desde el balcón, como en otras oportunidades, pero el 26 de enero de 1922 sintió una repentina conmoción en el cuerpo: el llanto de Isabelle frente a los sepulcros, la flexión del enjuto torso y el golpeteo infructífero de las manos contra la tierra; una, dos, tres veces.

Esa noche, Rilke se convenció de que había que deshacerse por fin de esa imagen, aunque solo tuvo fuerzas para respirar con cierto desgano, mantenerse de pie y animarse a inclinar la vista hacia el jardín, donde un suave viento hacía ondear los rosales.

—La cena está lista—cuenta el poeta que oyó de pronto, la voz de su ama de llaves en tono tímido, respetuoso, que lo hizo volverse sin reparos.

Sí. Era una costumbre acercarse por aquellos días al balconcillo y mirar el paisaje invernal de Muzot, ¿pero qué más podía hacer? Alejarse por instantes del cuarto de trabajo, de las arcas viejas y desusadas, de la ventana doble que permitía ingresar una luz opaca y que lo incitaba a sentir el aire fresco del exterior. No había otra alternativa ante el cansancio de permanecer sentado frente al escritorio durante horas, extensos minutos dedicados a relatar detalles de sus días en minuciosos epistolarios.

Ahora, Frieda le informaba desde la puerta que podía bajar al primer piso y sentarse a la mesa, aviso que calmó su ansiedad; luego de comer pensaría en el párrafo que había dejado pendiente, a pesar de que no lo entusiasmaba ni atraía mucho, acaso porque solo deseaba continuar su anterior trabajo. Al salir de su pieza advirtió que su ama de llaves, en vez de bajar junto a él a la cocina, ingresaba a la capilla del costado, un habitáculo donde se encontraba empotrada una svástica. No había entrado para llevar a cabo su acostumbrado rezo y Rilke se percató de ello al verla aparecer de nuevo, aunque en esta ocasión con una palmatoria y dos cirios en las manos.

—Le dejaré las velas si es que quiere más luz en el cuarto—le dijo ella, ingresando a su pieza y dejando los objetos encima de la consola de abenuz.

Bajaron con lentitud, se sentaron a la mesa y comieron el puré y las patatas con salsa. Tanto él como ella no se decidieron a hablar de algún asunto; más bien guardaron silencio hasta concluir el postre. Finalmente, y luego del agradecimiento, ella llevó los platos al lavabo y él subió a su cuarto de trabajo, con mayor ánimo para continuar su diario y la carta que pensaba enviar a la princesa Marie Taxis.

Mientras escribía, no pudo dejar de pensar nuevamente en la leyenda que según algunos aldeanos narraba las apariciones nocturnas de Isabelle de Chevron cada noche por los alrededores de Muzot. En sus notas, el poeta alega sentir esa figura como un fantasma que deambula en su memoria, en sus días cotidianos, en su habitación. Y es que saber, después de aquellos trágicos sucesos de 1514, que la viuda perdió el juicio y la sensatez, que burló en las madrugadas la vigilancia de su nodriza Ursule para ir rumbo al cementerio de Miège, lo turba considerablemente. Rilke conoce a la perfección dicho mito: por aquellos años hubo el temor de su nodriza por encontrar muerta a su ama, lo que no tardó en acontecer: una noche de agosto, encima de un sepulcro, rígida e inerte, con las manos unidas unas a otras. El mito se expandió por el resto del pueblo y ahora ya no sería el cuerpo de Isabelle sino su espectro que iba a atisbarse en el campo, perdiéndose entre los arbustos, buscando desesperada al amado Montheys.

Sabía aquella historia y, sobre todo, vivía en el mismo palacete donde aquella mujer vio a su esposo sin vida, se enteró de la muerte de sus dos pretendientes y planeó cada medianoche la manera de escapar al cementerio con el único fin matarse. La primera vez que tuvo miedo fue aquella madrugada en la que, mientras descansaba en el balconcillo y sentía la fría corriente de aire sobre la piel de su rostro, creyó ver una mancha azulina en el descampado. Esa misma iridiscencia la debieron observar también los aldeanos, haciéndolos confundir con el espectro de Isabelle. ¿Pero era una mancha? Había escrito varias horas, eso sí, aunque de manera infructífera. Alegó aquella visión al cansancio y la debilidad, y decidió por fin acostarse para continuar al día siguiente. Desde aquella vez, sin embargo, le era imposible evitar el recuerdo de dicha anécdota; le asaltaba la duda, la incertidumbre. A pesar de la ofuscación que significaba imaginar a Isabelle había cierto deseo por retenerla en su mente. La viuda de Montheys, quizá, habría estado en la misma pieza donde él ahora se encontraba, tal vez maniática de acercarse a la ventana para observar el jardín, acaso buscando a su esposo en la penumbra como ahora él hacía con ella. ¿Y por qué no salía de la fortaleza e iba a caminar? Siempre volvía a su pieza y continuaba las cartas.

Al día siguiente, tan pronto despertó de un profundo sueño, fue al escritorio a escribir lo que había imaginado mientras dormía. Le pareció asombroso y ridículo, pero no dudó en describirlo con detalle en su diario. Le causaba cierto pánico el haber esbozado en su mente el semblante de Chevron, escuchado su voz, un tono apacible y galante. De los sucesos recordaba muy poco. Ella había aparecido en Muzot de repente y había ingresado a la fortaleza para quedarse un tiempo. Él no se había opuesto a tal medida, reconociendo incluso que se trataba de la viuda, y aunque no le extrañó saber eso, sí le molestó que Frieda se opusiera. A partir de ahí todo era difuso y poco memorable. La última voz que había oído antes de levantarse era la suya, pero ahora le costaba recordar la frase exacta.

Cuando terminó de traspasar dicha ilusión a su cuaderno de apuntes, llamó a su ama de llaves. Esta apareció y antes de escuchar el motivo de su presencia, le preguntó a Rilke si deseaba que le sirviera el desayuno. <<He tenido un mal sueño>>, dijo más bien él, desde el escritorio, por lo que Frieda entendió que no debía prepararle nada hasta más tarde.

El resto del día se dedicó a leer los volúmenes que tenía en el estante. Recién cuando anocheció se propuso revisar lo que había escrito en la mañana, y si bien la anécdota lo abrumó de nuevo, prefirió olvidarse de lo sucedido. Bajó a la primera planta y encontró a Frieda viendo el jardín a través de la ventana.

—¿Piensa usted en el rostro de Isabelle de Chevron?—cuenta Rilke que le preguntó aquel día, mientras se sentaba a la mesa.

Su ama repuso que no y le preguntó a continuación si deseaba cenar, consulta que el poeta consintió.

Luego de la comida, subió a su cuarto de trabajo. Es obvio que Muzot le parecía un lugar apropiado para lo que pretendía llevar a cabo, aunque no entendía por qué hasta ahora no había encontrado el momento adecuado para proseguir con sus elegías, comenzadas en Duino, detenidas todavía en Muzot, sin ningún indicio de ser retomadas con éxito. Sin embargo, saber que el lugar era ideal para su propósito lo tranquilizaba; el 25 de julio de 1921 ya le había escrito a la princesa Taxis tan pronto se instaló, luego de

que la señora Klossowska arreglara el inmueble para su estadía: <<Aquí estoy, pues princesa, perdidamente enamorado de este Muzot>>.

En el fondo, ya no es cuestión de esperar.

Se levanta para ir al balconcillo, manía que ya no puede evitar, y a pesar del riguroso invierno se mantiene apoyado a la barandilla por minutos. Hay mucha esperanza por ver esa luminosidad en el campo, muchos ánimos por querer saber algo más sobre la viuda de Montheys; si se mantiene allí, es porque sabe que tal aparición no demorará en acontecer. A la media hora dará un profundo respiro e ingresará a su alcoba.

Después de esa visión, se encierra durante varias noches en su pieza hasta que el 11 de febrero, exhausto y emocionado, escribe una misiva a la princesa Marie Taxis. Al final de la carta, se lee: <<Justo este sábado once, a las seis de la tarde, están listas las Elegías. Princesa, si supiera que todo esto sucedió en pocos días, como una tempestad, como un huracán en el espíritu. Incluso me olvidé de comer y solo Dios sabe quién me alimentó. Desearía estar en Duino con usted pero Muzot e Isabelle me han tratado como un huésped privilegiado, y creo que es obligación mía quedarme un tiempo más>>.

El 17 de febrero, luego de levantarse de una repentina siesta, confesaría haber soñado por segunda vez con la viuda de Montheys. Se levantó conmocionado y solo escribió un breve texto: <<Hoy he soñado de nuevo con una mujer que decía llamarse Isabelle. Yo negaba esa afirmación pero ella insistía en llamarse así; una, dos, tres veces>>. Como es costumbre suya en Muzot, baja al salón para encontrarse con Frieda, pero ve a esta sentada al frente de una mujer de cabellos blancos, arropada con un atuendo de pieza entera. Rilke se presenta y la mujer hace lo mismo. <<Isabelle de Chevron>>, cree escuchar, y se apresura a preguntar de nuevo.

En la estancia de la rue Hamelin.

Cuando necesita que lo socorran, monsieur Proust utiliza la campanilla de su dormitorio para solicitar la presencia de su ama de llaves. Ese llamado se debe muchas veces a caprichos súbitos, a ansias improvistas, al deseo de tomar una nueva taza de café o, con menos frecuencia, de ordenar que se aliste el agua caliente porque piensa tomar un baño.

Céleste, enhorabuena, es atenta y servicial a dichas solicitudes. Ha corrido desde la cocina tan pronto escuchó el campanillazo, ha abierto la puerta del dormitorio sin ninguna cohibición y se ha detenido al lado de la cama, donde monsieur Proust, echado sobre la manta y cubierto con un grueso abrigo, en cuyos interiores se han colocado bolsas de agua caliente, se encuentra trabajando entre una pila de papeles. Al erguirse un poco, Céleste observa el cúmulo de jerséis que monsieur Proust ha utilizado como almohadones, tanto para la espalda como la nuca, que se hallan ahora sumidos y arrugados. <<Necesito darme un baño, Céleste>>, ha dicho él al instante, orden que su ama de llaves se apresta a cumplir de inmediato, abandonando la pieza y dirigiéndose a la cocina donde ha dejado el agua caliente a una temperatura de cincuenta grados. Precavida, sabe que monsieur Proust no tiene un horario fijo para asearse y que cuando lo desea, la ducha debe estar lista lo más rápido posible.

Pero además del agua, Céleste debe preparar las toallas, cerca de diez, pues monsieur Proust no se lava con jabón sino que se limita a frotarse la piel con paños. Es un ritual que su ama de llaves conoce a la perfección y que, en esta oportunidad, no le tomará mucho tiempo. Cuando termina, va al dormitorio de monsieur Proust, quien sigue enfrascado en

una ardua obsesión con el papel y la tinta, y le señala que todo está dispuesto para su aseo. <<Voy a salir al Ritz >>, le informa. <<Si llega monsieur Gallimard, déjelo pasar al dormitorio para que se cerciore de que he salido>>. Céleste escucha con extrañeza estas palabras pero no se alienta a inquirir el porqué de esa decisión repentina. Hace semanas que monsieur Proust no acostumbra salir de un momento a otro a la calle; abandona el departamento solo cuando tiene una reunión privada o una cita con algún amigo, acordada de antemano a través de epístolas. Céleste pregunta, eso sí, si es necesario ir al boulevard Haussmann para traer al peluquero. <<Estoy bien así>>, responde monsieur Proust, justo en el momento de dejar a un lado las cuartillas con el fin de ponerse de pie.

El lavado dura media hora. Luego, comienza el otro ritual: escoger la camisa, el suéter, la chaqueta y el pantalón que Céleste seleccionó de la cómoda mientras él se duchaba. Comprueba si los ropajes han sido templados correctamente y, decidido el atuendo que va a usar, le ordena a su ama de llaves que regrese el resto a su sitio. Proust se viste sin prisa y antes de abandonar el departamento, le advierte a Céleste que cuando monsieur Gallimard le pregunte a dónde ha ido, responda que no sabe nada sobre su paradero. <<Tiene que hacer lo que sea para que no se quede a esperarme>>, agrega Proust, <<no estoy con ánimos de verlo esta noche>>. Pero por más advertencias que le imponga, y por más que se esfuerce por permanecer horas en el restaurante del Ritz, a merced de los clientes que él conoce a la perfección, anhelando encontrar también a la princesa Soutzo, monsieur Gallimard se obstinará por esperarlo en el departamento de la rue Hamelin, acomodado en uno de los sillones del salón. <<Se le ve a usted de muy buen aspecto, monsieur>>, serán las primeras palabras de este, viendo a Proust con el semblante desencajado y furibundo.

—Ni lo diga—responderá Proust, yendo a sentarse en el sillón del costado—. He estado a punto de morirme tres veces en la noche de hoy.

Conversarán media hora para luego dirigirse al dormitorio, donde Gallimard traspasará a limpio algunos manuscritos hasta la medianoche.

Pero el deseo de ir al Ritz no cesará en las próximas veladas, pese a la constante ansiedad por corregir la tercera parte de Sodoma y Gomorra. En una de esas idas al restaurante se encontrará con madame Legain, quien aprovechará su presencia para invitarlo a una reunión en el salón del mismo hotel. <<Nos hacemos viejos, monsieur>>, bromeará ella luego de su invitación, frase que Proust contestará con una sonrisa, a la que le seguirá un sutil aviso sobre su asistencia. De hecho, Proust hacía años le habría confirmado ir de todas formas, ahora solo podía reafirmarle que haría lo posible, pues su estado de salud era imprevisible. <<Pero si yo lo veo muy bien de salud, monsieur>>, repondría Legain, incrédula, por lo que Proust tendría que

—Hoy sí, pero ayer estuve a punto de morir tres veces.

Pese a ello, Proust tenía muchos deseos de asistir a dicha reunión, únicamente por ver a madame Soutzo. ¡Dios, cómo había pasado el tiempo! Antes, en 1917, era capaz de subir a una de las habitaciones donde ella se hospedaba, comer juntos y conversar una o dos horas; ahora, debía esperar una invitación o verla caminar por los pasillos del hotel. En febrero, incluso, aceptó con ánimos una invitación de la princesa, aunque le señaló que iría después de la cena y que, si no había inconveniente, invitaría a unos amigos para que no se aburriera. Madame Soutzo, a pesar de conocer la falta de puntualidad y los recientes

fastidios en cualquier reunión a donde concurriera, se enojó con Proust por la frialdad que le demostraba. Era cierto que estaba cada vez más lejos de sus amigos y de madame Soutzo, debido más que nada a su empeño de detener el paso del tiempo, temeroso de la muerte, algo que lo obligaba a permanecer en su habitación dedicado a escribir, pero su atracción hacia ella era todavía apreciable. De todas formas, esa fue la última noche que la vio, que se molestó por su culpa al no ver a nadie con quien pudiera conversar. Había pasado un mes de aquello y ahora Proust, quien había decidido no volver más a una velada, necesitaba observar de nuevo a la princesa y por ello recurría al Ritz, a la espera de una invitación como la de madame Legain.

En el apartamento, Céleste lo esperaba al lado de Gallimard, arrellanados en la estancia, un salón donde los muebles se encontraban todavía amontonados junto a los retratos de sus padres y el suyo. <<Hace demasiado frío>>, le dice su editor, preguntándole si puede prender la chimenea. Proust intuye que esa consulta se ha debido a Céleste, obligada a no encender el fogón por estar en pésimas condiciones, y que seguramente ha lidiado con Gallimard para que no se hiciera fuego.

—Céleste sabe perfectamente que esa chimenea no funciona bien—contesta monsieur Proust.

—Hazlo por nosotros—repone Gallimard—, recuerda que ni Céleste ni yo utilizamos bolsas de agua caliente.

Proust permanece de pie, pensativo, hasta que ordena a su ama de llaves quemar la leña solo por esta vez.

El 13 de marzo, tres días antes de la reunión de madame Legain, Proust recibiría la carta de Etienne de Beaumont, quien le pedía permiso para ir a visitarlo algún fin de semana. Le respondió de inmediato; podía venir el domingo próximo y traer de paso la fotografía de su tía Beaumont. <<Le pedí a la princesa Soutzo que te invitara a su reunión>>, añadía en su misiva, <<pero tomó mis sinceros deseos por soberbios caprichos>>. Concluida la carta, le pidió a Céleste ir a dejarla en la caseta de correos. Lo que no esperaba en ese instante, luego de tocar la campanilla, era ver llegar a su ama de llaves con otra misiva en sus manos, cuyo remitente se trataba en esta ocasión de madame Legain. En la epístola, algo extensa, le comentaba los preparativos de la reunión y le rogaba asistir a su onomástico. «Sé que su salud y sus libros lo retienen», escribió Legain, <<pero hágame el favor de olvidarlos por un instante, por unas cuantas horas; es una petición mía, monsieur, un ruego con las manos juntas>>. Proust sintió el aroma del papel y llevó las yemas de sus dedos sobre la superficie. ¿Cuánto hacía de su primer encuentro con madame Legain? No lo recuerda, aunque sospecha que debió ser en alguna fiesta de la condesa de Chevigné. Cansado pero con la necesidad de seguir con su labor literaria, suspende la respuesta a Legain para más tarde y opta por continuar las correcciones de Sodoma y Gomorra. Sin darse cuenta, el cielo de París se oscurece y, recién cuando se cerciora del tiempo, se anima a escribir la misiva. Saber que monsieur Gallimard no vendrá esta noche lo llena de satisfacción, pues tiene el resto de la madrugada para estar solo, sin la agobiante figura de su editor, quien suele repantigarse en el único sillón de visitas que alberga el dormitorio. Y, como es de esperarse, Proust le responde a Legain con una larguísima carta, en la que le recuerda su situación anímica, la ansiedad que tiene por concluir su libro y, sobre todo, los decaimientos de su salud. <<Si supiera que el dieciséis estaré bien, le

aseguraría mi presencia en su reunión. Pero créame, madame, cada día es como si alguien me cercenara un órgano o una extremidad del cuerpo. Quién sabe, quizá mañana deba sufrir el cerebro o el corazón. Hoy, le confieso, han muerto mis piernas>>. Sin pararse durante horas, Proust soporta el adormecimiento de sus muslos y pies solo hasta concluir la misiva. Al campanillazo, se levanta de un tirón, dejando bolsas y mantas a un lado del colchón. Céleste no tarda en venir, en aproximarse donde monsieur Proust y preguntarle lo que necesita. <<Un café>>, suelta el pedido este, alargando el brazo para que su ama de llaves coja la cuartilla. <<Para mañana, Céleste, es importante>>. Aunque después de decir esto se recrimina, pues cada mandato suyo siempre es cumplido con apremio, y una presión como aquella suele ser para Céleste innecesaria. Además, que sea o no importante dejar a tiempo aquella carta al correo es lo de menos; bastará con aparecer en el Ritz, sentarse a la mesa y estar atento a la figura de la princesa Soutzo.

Dos días después Proust amanecería con síntomas de asma. Consciente de que guardaría cama, se apresura a mandar un corto mensaje para madame Legain, informándole que es casi seguro que no pueda asistir al Ritz. <<Es la garganta, madame>>, se excusa, <<mi terrible y funesta garganta>>. Y no se equivocó. Céleste lo asistió durante las siguientes dos noches con cuidado y esmero, tratando de que monsieur Proust se recuperara lo más pronto posible. El 18 de marzo, de vuelta a la rutina de siempre, recibiría una nueva misiva de madame Legain. Lo que más resalta Proust es una frase escrita al final: <<Le soy sincera, monsieur. Lo mejor, tanto para usted como para mí, fue que no viniera a la reunión. ¡Oh, Dios mío, hubiésemos escapado del alborozo y habríamos dejado a mis invitados a merced del infortunio!>>. Alegre de que madame Legain le diera esas muestras de afecto, llama a Céleste y le dice que no desea recibir ningún tipo de interrupción; ha perdido demasiado tiempo y necesita continuar sus escritos. Ilusa orden, pues por la tarde su ama de llaves tocó la puerta para avisarle que Etienne de Beaumont y un amigo de este habían venido a visitarlo. <<Me dijeron que usted les dio permiso de venir>>, justificó Céleste, a lo cual Proust objetó con una rabieta. Pese a que hacía días le había dicho a Etienne que podía visitarlo un día de estos, se enfureció por el momento que había escogido para llevarlo a cabo. Sin ganas de recibirlos en su dormitorio, fue a verlos al salón. Etienne y su amigo estaban de pie, observando los retratos. Proust no conocía al hombre que acompañaba a Beaumont, pero este se apresuró a presentarlo. <<Monsieur LeCarry es un gran lector tuyo>>, le dijo Etienne, pero sin causar en Proust el mínimo interés; por el contrario, esa mención agudizó su enojo. De pie, sin dar el primer paso hacia el sillón, LeCarry confesó haber disfrutado mucho Por el camino de Swann. Le narró pasajes de la novela que más le agradaron, las frases que solía releer diariamente. Proust, que escuchó sin decir ni comentar nada, contuvo la cólera que se acrecentó segundo tras segundo. Desesperado pero sin el valor de pedirles que se retiraran, se sentó en el sillón y, cuando finalmente optó por hablar, fue interrumpido por una súbita inquisición de LeCarry. A Proust le sorprendió su pregunta, pero en vez de contestarle la verdad, de decir que justo ahora había detenido su labor literaria por recibirlos, prefirió una salida más cómoda, que sorprendió a sus visitantes.

—¿Y ahora sobre qué escribe, monsieur Proust?— consulta súbitamente LeCarry, guardando las manos en los bolsillos de la gabardina, fijando los ojos en la barba de aquel.

—No, monsieur, se equivoca—responde Proust, sentado, con las piernas flexionadas, con el semblante impávido—. Ya no escribo.

En la oficina con la señorita Ur.

El 10 de abril, el Dr. K. escribió en su diario los cinco principios que conducen al infierno. Hoy, precisamente, ha despertado y recordado el primero de ellos: <<Tras la ventana está lo peor>>. No sin sentir cierta angustia, observa la ventana de su habitación que da a la avenida París y sabe que allí fuera, detrás de los cristales, el frío y las avenidas suelen conspirar contra él. Presiente que quizá hoy no es el día adecuado para ponerse de pie y mirar la cúpula de la Iglesia de San Nicolás, los hombres y mujeres que caminan desde temprano en la Plaza vieja o Altstädter Ring.

Hace más de tres meses que viajó a las nieves de Spindelmülhe, que se instaló por algunas semanas en la estación de los Monts-des-Géants, que pasó largas tardes frente al balcón. Aún rememora una anécdota curiosa: en la recepción, el primer día de su llegada a Spindelmülhe, el conserje del hotel confundió su nombre y lo inscribió como Josef K. La primera impresión fue de sorpresa, naturalmente, pero en vez de corregir dicho error, el Dr. K. prefirió una alternativa más interesante: seguir con aquella identificación hasta el término de su permanencia.

Todavía echado sobre el colchón, el Dr. K. da una nueva ojeada a la ventana hasta que por fin decide levantarse. Hay que abrigarse y salir a la Compañía de Seguros, caminar y adentrarse en su despacho que queda en el segundo piso. La rutina es como de costumbre. Transcurre horas sentado en su escritorio y solo espera el momento de abandonar el trabajo para dar unas cuantas vueltas por las calles, atravesar los puentes que separan la ciudad vieja de la nueva: ir primero por la Pasarela de la Cadena, Kettensteg, para retornar finalmente por el el puente Carlos o Karls Brücke. Cuando llega ese ansiado instante, el Dr. K. se pone el abrigo y abandona la Compañía. Praga está gris, pese a la estación. Por una de las vías de regreso, cerca del Carolinum, la universidad donde el Dr. K. estudiara entre 1901 y 1906, ve a una muchacha cuya apariencia le hace evocar a Milena; calcula que debe tener unos dieciocho años. La muchacha viste un traje rayado, su torso se ciñe a una chaqueta oscura, la falda le llega hasta los tobillos, donde unos botines acordonados de cuero acompañan la caminata; lleva boina.

El Dr. K. ve a la adolescente doblar la esquina y se anima a seguirla, aunque ahora ella va en dirección a la casa Sixt, donde él viviera de infante. Es una decisión que no suele llevar a cabo; le basta con observar detalles, rasgos, con memorizar una imagen para escribirla en el diario por la noche. En esta oportunidad, la muchacha ha llamado su atención. El perfil y atuendo se parecen a los que acostumbraba usar Milena; vista de frente, debía ser distinta, debía evocar otros semblantes, otra sensación, pero perseguirla por la calle le causa cierto placer. Por fin, luego de varios minutos, la adolescente se introduce dentro de una vivienda. El Dr. K. se detiene de súbito a menos de cincuenta metros, atisba el domicilio, frunce sutilmente las cejas y emprende el regreso.

Dos días imaginó el Dr. K. las facciones del rostro de aquella muchacha. No había atribuciones celestiales, pero sí le anonadaba ver una mujer que tuviese gran parecido a su antigua novia cuando tenía la misma edad. Tan pronto salió de su despacho, empezaba la caminata por las calles y en dirección a la vivienda; en ninguno de esos dos atardeceres logró verla de nuevo, advertirla con esa boina que cubría parte de su cabello, que liberaba

unos tirabuzones de pelo ensortijado. Fue recién al día siguiente que la vio salir de la Iglesia de San Nicolás en compañía de una mujer adulta, de contextura gruesa, rolliza, mientras caminaba de un lugar a otro por la Plaza. El Dr. K. creyó que debía tratarse de la madre, por lo que optó por permanecer en su sitio, tratando de ver el semblante de la muchacha pese a los metros de distancia que existían entre ambos. Solo pudo escudriñar bien esas facciones un breve instante, aunque de todas maneras le pareció insuficiente; de esa percepción, lo único que había logrado era acrecentar su curiosidad. ¿Se parecía o no a Milena de adolescente? Las vio alejarse de la iglesia hasta perderlas de su campo visual por completo. La tensión afectó su salud; comenzó a toser y toser sin pausa, y por más que rebuscó entre los bolsillos de su abrigo no encontró ningún pañuelo con qué taparse la boca. Deseaba pero ahora sí no podía seguir las.

En casa, sin ceder a la tentación de espiar por la ventanilla, de seguir ese primer principio que conducía, según él, al infierno, se acostó temprano, vigilado por su familia, quienes temían que la enfermedad que sufría pudiera acrecentarse. Felizmente, nada grave ocurrió en los días posteriores y el Dr. K. pudo seguir asistiendo al trabajo con normalidad.

Una tarde, mientras veía por la ventana de su despacho el desfile de un batallón de soldados, le comunicaron que debía recibir a un funcionario. Este llegó acompañado de su hija, quien se sentó junto a su padre. La niña, de nueve años, le trajo a su mente la figura de la joven que mirara días atrás. Al final, terminada su labor en la Compañía, se dispuso a recorrer de nuevo la calle donde vivía esa Milena de dieciocho años.

Esta vez su persistencia tendría éxito.

Cuando cruzó la vivienda, logró observar a la señorita en el umbral de su puerta, sola y concentrada, mirando un punto fijo en la pared del frente. El Dr. K. la observó con detenimiento hasta que ella alzó la vista y se percató de su presencia. La iniciativa, después de todo, fue significativa para el Dr. K., pues confirmó que dicha adolescente se parecía a Milena tanto de perfil como de frente. La volvió a mirar en la iglesia cuatro días después, tomada de la mano con su madre, aunque en esta ocasión ambas iban acompañadas de un hombre bajo y robusto, propenso a la calvicie y cuyos abultados carrillos ensanchaban la forma del semblante.

Este se percató de que el Dr. K. lo observaba, de pie y con el sombrero sobre la cabeza, y fue con su familia a saludarlo. Recién ahí se dio cuenta el Dr. K. que ese hombre era un funcionario a quien asistió un par de veces sobre unos problemas de trabajo en su oficina, aunque hacía mucho tiempo. Aquel doctor se mostró entusiasmado de verlo allí, gesto que el Dr. K. supo corresponder. Por si fuera necesario, el Dr. Schalf le recordó haber ido un par de veces a su despacho para unas consultas legales. <<Me acuerdo perfectamente>>, dijo el Dr. K. ante dicha mención, notando que el Dr. Schalf le guardaba cierta estima por los gestos y la amable sonrisa. A partir de ese instante, el Dr. Schalf le presentó a su esposa e hija. <<El Dr. K. es escritor>>, le dijo a la muchacha, frase que ocasionó en ella algo de sonrojo. A continuación, el Dr. Schlaf le comentó al Dr. K. que le gustaría visitar su oficina uno de estos días. Al despedirse, el Dr. K. echó un vistazo raudo a la señorita Ur., tal y como prefirió llamarla en vez de su verdadero nombre, y sintió vértigo. Las semejanzas con Milena lo atormentaron segundos, quedándose inmóvil mientras los miraba caminar y alejarse.

Días más tarde, entre los malestares de garganta, optó por olvidarse de la señorita Ur., a sabiendas de que en el fondo le traía recuerdos de Milena. El 27 de abril, sin embargo, el Dr. Schalf asomó por su oficina, conversaron media hora hasta que este le señaló que su hija había empezado a escribir y que, sobre todo, había leído su única novela publicada. <<Le encanta su libro tanto como a mí>>, le dijo el Dr. Schalf, aún sentado, <<pero de la lectura a la escritura hay muchas diferencias; preferiría que durmiera temprano y que no se desvelara; en el fondo sé que es un pasatiempo de amor adolescente, yo mismo recuerdo que escribía a esa edad>>. Esta última frase le pareció impertinente al Dr. K., pero no atinó a contradecir ni increpar nada. Al despedirse, ambos en la puerta, el Dr. K se asombró de ver a la señorita Ur. sentada en el pasillo; vestía como aquella primera vez: falda y chaqueta, con aquella boina que le otorgaba a su fisonomía cierto encanto. <<Tal vez podría desanimar a su hija de escribir>>, bromeó el Dr. K., pero el Dr. Schalf se apresuró a negar con la cabeza. <<Hoy tiene la obligación de acompañar a su padre en las diligencias>>, acotó, dando los primeros pasos y señalándole a la señorita Ur. que debían subir al tercer piso. Los dos se despidieron del Dr. K., evacuando el despacho de inmediato.

El último día de abril, mientras se sentía agobiado por los continuos ataques de tos que habían comenzado a agudizarse, el Dr. K. esperó el arribo del Dr. Schalf. Vio, con asombro, la aparición de la señorita Ur., quien se presentó a su oficina con los papeles que su padre debía traer personalmente. Había pensado muchas horas en ese rostro similiar al de Milena, en esa fotografía donde esta aparecía con un paraguas y una boina, y que ahora venía a apreciar casi en persona, frente a una muchacha que debía estar enamorada de algún mocete de su edad. Se sentó, mostrando cierta timidez, hasta que, luego de un par de minutos de quedar en silencio mientras el Dr. K revisaba los documentos, le confió haber leído el relato que este publicara en 1915.

—Su padre ya me lo confesó—dijo el Dr. K.—, pero dudo mucho de que haya pasado un rato ameno.

La señorita Ur. frunció las cejas por la manera en cómo el Dr. K. desacreditaba sus propios textos, aunque contradijo esa creencia.

—A mi padre le encantó—añadió al instante, con un tono de voz menos débil y con las manos firmes sobre los muslos, con la cadera erguida y la mirada atenta hacia el semblante del frente—. Es sugestivo, pero pensé que estaba orgulloso de su trabajo.

—Si me conociera diría que sí lo estoy, aunque tal vez todo forme parte de una falsa modestia. Es cuestión de que me vean día tras día.

—A usted lo vi hace un tiempo—repuso la señorita Ur., como si pretendiera contradecirlo de nuevo.

El Dr. K. alzó la vista, que había fijado en los papeles, y observó a la muchacha con cierta incredulidad.

—¿Se refiere al encuentro con sus padres?—preguntó el Dr. K., dejando los documentos a un lado y reclinándose sobre el respaldar de la silla.

—No, me refero a otro día. Usted cruzó la avenida de nuestra casa como si fuera un extranjero, un rostro incrédulo y perdido, incluso volteó a mirarme, pero dudo mucho de que se acuerde de ello.

—Suelo deambular por Praga como un alma en pena—acotó el Dr. K., antes de liberar una tos seca, de la cual se recompuso inmediatamente.

—Más bien parecía un forastero, un hombre atrapado en pasadizos y callejones.

—Tal vez un alma en busca de su cuerpo—se ridiculizó el Dr. K., sin ningún retraimiento para burlarse de sí mismo.

—Es llamativa su actitud. Mi padre me confesó que usted era un hombre muy reservado.

—Lo soy en situaciones formales—dijo el Dr. K.—, hoy no sé qué me pasa. Pero si hablara de usted, diría que es una muchacha desenvuelta. ¿Qué edad tiene?

—Veintiuno.

—Parece menor. De hecho, pensé que tenía menos de dieciocho.

—Oh, no—dijo ella—, siempre me lo recalcan, en especial mi padre. Agradecería despertar algún día de estos y parecer realmente una muchacha de veintiuno. Aunque, para serle sincera, desde que leí su texto lo primero que hago es palpar mi rostro tan pronto me despierto.

El Dr. K. no repuso nada a dicho comentario. Estiró los labios parcamente, una sonrisa imperfecta, torpe, gesto que no gustó a la señorita Ur., o que al menos le advirtió que era infructífero hablar sobre aquel tema. Sin embargo, el Dr. K. podía quedarse mirándola largo tiempo sin pronunciar palabra, satisfecho de ver en ese semblante el de Milena. ¿Pero se parecía mucho a Milena o era solo una invención suya? Comparó los contornos de las cejas, la circunferencia de los ojos, la forma de la nariz. <<No tiene nada de Milena>>, se dijo luego el Dr. K., como si intuyera que esa afirmación revelaba el malestar que soportaba día tras día. <<No tiene nada de Milena>>, recalcó, aunque otra tos seca irrumpió en su cuerpo, obligándolo a ladear la cabeza y sacar el pañuelo del bolsillo.

—Quizá sea mejor cerrar la ventanilla—aconsejó la señorita Ur. tan pronto vio al Dr. K. rehabilitado de su súbito malestar.

—Odio respirar aire viciado, así que mejor la dejamos abierta.

—En su condición estaría atormentada. Cuando me resfrío suele darme fiebre alta. Debo guardar cama más de un día y es lo peor que me puede ocurrir.

—En invierno estuve enfermo, pero nada grave—le dijo el Dr. K., antes de toser de nuevo y llevarse el pañuelo a la boca. Esta vez la expectoración duró poco.

—Felizmente ahora estamos en primavera—replicó la señorita Ur., quien había visto su falda durante el inconveniente del Dr. K.; levantó la mirada y atisbó por segundos la expresión cansina de este.

—Es cierto, estamos en primavera—confirmó con una voz algo carrasposa—. Si fuese verano me sentiría más cómodo. El invierno, la primavera y el otoño son para mí la misma estación.

El Dr. K. quedó callado y, ante la inercia de la señorita Ur., añadió:

—A mí me encantaría vivir en una ciudad cálida, en Palestina, por ejemplo. Anhele vivir en un lugar así.

Pero antes de continuar, percibió una nueva irritación en la garganta que lo obligó a toser, a pararse, a toser con mayor fuerza; carraspeó, tosió, carraspeó; al fin, mientras su respiración volvía a la normalidad, miró con agobio el color rojizo que había adquirido su pañuelo. La señorita Ur. inclinó el rostro; el Dr. K. sintió miedo y vergüenza.

En la cena de Mr. y Mrs. Schiff

Joyce vive en un apartamento de la rue du Cardinal Lemoine, a diez minutos del Jardín du Luxemburg. Nora, su esposa, ha viajado en compañía de sus dos hijos a la ciudad natal de este, pese a la persistencia de Joyce de disuadirla para que no llevara a cabo dicho recorrido. Dos días antes del viaje discutieron acaloradamente, pero no hubo reconsideración: Nora partió con los hijos a Londres el primer día de abril, permaneció en aquella ciudad más de una semana y luego enrumbo a Dublín. Él, en cambio, se sumió en una profunda soledad, en una creciente depresión y un incisivo dolor en los ojos. Las cartas desde París que Joyce envió con mucha esperanza no lograron que ella se decidiera a regresar; en una misiva, incluso, escribe que es un hombre mirando un estanque oscuro. Pero ni esta ni otras frases compadecieron a Nora para que volviese.

El dolor artrítico en su hombro se había vuelto más agudo, al igual que la iritis. Pensó en acudir a un reconocido oftalmólogo, terminar con la dolencia que sentía en el ojo izquierdo, pero desistió. En 1917 se había operado el derecho, y si bien los resultados fueron óptimos, la iritis se había extendido a su ojo sano (ahora el infectado) y temía que una nueva operación fuese necesaria, la cual imposibilitaría sus horas de escritura. Para agravar esta situación, recibió en uno de esos días la noticia de Nora, los infortunios que había sufrido con sus hijos en Galway. La causa: los enfrentamientos entre las tropas del Estado Libre y el Ejército Republicano Irlandés. El primer hecho fue la irrupción de algunos soldados en la vivienda donde se habían establecido, utilizando el dormitorio de Nora como lugar de tiro. El segundo: disparos contra el ferrocarril que los iba a llevar de Galway a Dublín.

Joyce, enterado de aquellos incidentes, no creyó que fueran circunstanciales; lo atribuyó a una afrenta personal. Su esposa, felizmente, ya había tomado la determinación de volver a París, arreglar los problemas conyugales que existían entre los dos, por lo que se embarcó de inmediato en una nave que iba a Holyhead. Un día después, Joyce recibía la invitación de Mr. y Mrs. Schiff para asistir a una cena con el motivo de celebrar la primera representación del Zorro de Stravinski, pero dudó mucho si correspondería a dicho agasajo. No solo estaba sumido en una depresión por su familia, sino que estaba sin el ánimo ni la capacidad para asistir a una reunión como aquella. La amistad que tenía con los Schiff, de todos modos, lo obligaba a concurrir.

El 18 de mayo, día de la representación, el ardor en el ojo lo afligió desde temprano y supuso que su presencia en la cena solo sería melodramática, ridícula. Por otro lado, era necesario acudir a un oftalmólogo cuanto antes, pero el pánico a una nueva operación lo desanimaba a persistir en dicha posibilidad. Sin las condiciones para leer o escribir, prefirió dormir la tarde entera. Nora lo sorprendería con su aparición uno de estos días, quizá hoy mismo, y era mejor permanecer en casa, aguardando dichos regresos. Pero hasta las ocho de la noche no sucedió nada. El sueño había disminuido el dolor que sentía en las retinas y calmado la artritis de su hombro izquierdo, por lo que se preguntó, ya que estaba en mejores condiciones de salud, por qué no se animaba a acudir a la reunión de los Schiff. Lo meditó más de cinco veces; el problema era que en la esquila de invitación los Schiff lo invitaban a una cena de gala, con la formalidad del caso, y él no poseía ningún traje de etiqueta. ¿Pero acaso no bastaba con aparecer por allí?, ¿saludar a los esposos y retirarse luego de una hora? Si al final optaba por presentarse, se hacía demasiado tarde.

Fue en ese instante que le fastidió ver demasiado sucio y desordenado el recibidor de su apartamento; había que rebuscar las vestimentas colgadas en las sillas, evitar las botellas apiladas en un recodo. Del guardarropa de su habitación, al fin, eligió el traje de estameña azul, los zapatos de charol y el sombrero de fieltro negro. Ya fuera, ante el fresco viento de la ciudad, llamó un taxi. Iba con un par de horas de retraso, contexto que en vez de entusiasmarlo lo inducía a desistir por completo, a encerrarse en su habitación y esperar el día siguiente. Al final dejó que el chofer cumpliera con el viaje pactado. En el camino, intuyó la reacción de los Schiff mas no le importó, ya nada le afectaba salvo el llegar lo antes posible, alejarse de la soledad que lo había carcomido por dentro y beber lo suficiente como para dejar de preocuparse; la cena aminoraría la ansiedad. Cuando arribó, sintió una pequeña incomodidad en los ojos y en las extremidades, aunque alegó que esos síntomas se debían al nerviosismo.

Los Schiff salieron a abrirle y lo saludaron con cortesía, a pesar de que vio en sus miradas la contrariedad que les causaba la forma en que se había presentado. Mientras dejaba el sombrero en el colgador, Mrs. Schiff no pudo evitar el relativo enojo e inquirió por qué no había venido con una vestimenta adecuada. <<Si tuviese un traje de etiqueta, Mrs. Schiff>>, repuso, viendo la mueca incrédula de la anfitriona. Su esposo, más bien, lo acompañó a la mesa y lo presentó ante los demás invitados. Recién en ese entonces advirtió el significativo desliz que había cometido al venir; era el único que no llevaba frac y que desentonaba con el resto; sintió vergüenza, arrepintiéndose de la torpe e insistente actitud suya. Mr. Schiff le mencionó los nombres de cada uno de los asistentes y luego le pidió que se sentara al costado suyo. Sobrellevó con desgano la incomodidad de estar ahí arrellanado, a merced del júbilo, del vanidoso estilo de las conversaciones: guardó silencio y se dedicó a beber. Ante las interpelaciones de los consortes Schiff, respondía con monosílabos o de manera escueta, sin aspavientos, hasta que en un lapso de la reunión, casi a la medianoche, llamaron a la puerta.

Joyce vio que los dos esposos se ponían de pie e iban a la entrada del recinto. Por su parte, solo había que servirse más vino en la copa, prender otro cigarrillo, entretenerse con el hecho de dejar las cenizas en el recipiente de metal. Al poco rato, los Schiff volvían acompañados de un hombre vestido con frac y cuya particularidad era el protuberante bigote en el rostro. Mrs. Schiff sonreía con beneplácito y frenesí, al igual que su pareja: miraron a Joyce como esperando que él también compartiera esa felicidad. Dichos guiños se dirigían a su asiento, desde luego, pero no entendía por qué. Finalmente, los dos esposos se acercaron con aquel hombre.

—Él es monsieur Proust, Jim—le dijo ella, en el tono jovial y amistoso al que estaba acostumbrado.

—Monsieur Proust—repitió el hombre, extendiendo la mano mientras Mr. Schiff hacía un espacio entre los dos para poner allí una silla.

Su nuevo invitado se sentó al lado de ambos. Mrs. Schiff agregó entre sonrisas que esperaba que los dos conversaran amablemente, aunque Joyce creyó que esa referencia iba destinada a él, pues Schiff conocía su recio carácter. Pero no. Muy pronto se dio cuenta de que también su acompañante se sentía inquieto, algo irritado. Mr. Schiff comentó que no había esperado ver a monsieur Proust esta noche, sabiendo que ya no acostumbraba salir a las reuniones por quedarse escribiendo.

—No es saludable que esté todo el día en cama—contestó Proust, aprehendiendo la copa llena de vino.

Luego, tanto Proust como Joyce quedaron en silencio un corto lapso; sus anfitriones dejaron de acosarlos y se volvieron al resto de personas, precisamente para que hablaran con la libertad del caso, uno al otro. En un principio, se limitaron a mirar a los hombres que tomaban la palabra; Proust volvía a la garnacha o se llevaba algo de comida a la boca; Joyce se servía más licor y lo tomaba a grandes sorbos. Cuando Proust habló, lo hizo solo para consultar a Mrs. Schiff si había cerveza helada. Ella respondió que sí y de inmediato llamó a uno de los camareros; este tomó el pedido y mientras Proust esperaba, animado tal vez por la proximidad de la bebida, optó por entablar conversación con su acompañante. Le preguntó si conocía a la condesa de Mun, pero Joyce, impresionado por la pregunta, repuso que no. En ese instante apareció el camarero con una pequeña bandeja. El francés se inclinó hacia atrás, reposando su espalda en la parte acolchada de la silla.

—¿Has leído algo, Marcel?—intervino la anfitriona, mirando cómo el mozo le dejaba el jarro y los vasos en la mesa.

Proust volteó a mirar a Mrs. Schiff; esta cambió la forma de la pregunta por otra: ¿había leído ya algún capítulo del Ulises? Atónito, Proust negó con un ademán de cabeza y cogió la jarra; no había leído nada de monsieur Joyce. A partir de ahí, la anfitriona dejó de dirigirle la palabra y se dedicó a seguir la tertulia del grupo del costado, donde estaban Stravinski y su empresario Diáguilev junto al conjunto de bailarines. Mr. Schiff, además, se puso de pie ante el llamado de un invitado suyo, dejando a los dos hombres solos, quienes atinaron a observar callados, limitándose a tomar de sus copas. Por un segundo, Proust se animó a romper el silencio, a sabiendas de que su anterior frase había sido desatinada, preguntando a Joyce si le gustaban las trufas, a lo que este respondió que sí. Esa afirmación, sin embargo, no la aguardó el francés, o tal vez así lo dejó entrever por su asentimiento frío, aletargado, sin nada más que añadir; quizá había creído que iba a escuchar un no, una negativa que le permitiera inquirir las causas y explayar a continuación por qué él sentía encanto por dichas setas, como también las sentía por el champiñón. Lo cierto es que no hubo otra palabra entre los dos hasta el final de la cena, treinta minutos más tarde, cuando Proust llamó a los Schiff y les pidió que lo acompañaran a su vivienda en la rue Hamelin. Los esposos aceptaron y le preguntaron a su otro invitado si deseaba ir con ellos. Este confirmó con un ademán sutil; solo les pedía unos minutos para terminar el vino y el cigarro.

—Saldremos en quince minutos—advirtió Mr. Schiff, acompañando a su esposa donde el resto de asistentes para comunicarles que iban a partir por un tiempo, aunque ellos todavía podían permanecer en el recinto.

Pero a raíz de la ida de Proust, Stravinski señaló que también se sentía cansado y que partiría dentro de un rato; Mrs. Schiff rogó que se quedara hasta que volvieran de dejar a monsieur Proust en su apartamento. Acordado esto, Albert Odilet les cedió el taxi que lo esperaba en la calle para que trasladara a los cuatro. En el colgador de la entrada, Proust recogió su bombín de hongo y una vara delgadísima y oscura, con dos anillos dorados en la parte de arriba, mientras que Joyce hizo lo mismo con su sombrero. Un leve aguacero caía bajo el cielo de París, por lo que tanto Proust como sus anfitriones se detuvieron en la puerta, conscientes de que el frío podía causarles daño.

Joyce fue el primero en llegar al vehículo aunque esperó la venida del resto para saber cómo iban a acomodarse. Mr. Schiff, que había corrido cubierto con un sobretodo, dijo que iría adelante, mientras que su esposa, Proust y él en la parte posterior. Así, Joyce se sentó a un lado de la ventanilla y Mrs. Schiff al otro, dejando que el francés se arrimara al medio. Antes de que el coche emprendiera el recorrido, Joyce bajó la ventanilla y encendió un cigarro, que extrajo del bolsillo de su chaqueta. Sorprendidos, Mr. Schiff lo obligó a que subiera el cristal y botara el cigarro, orden que Joyce aceptó sin queja alguna. Partieron al minuto, y si bien hubo silencio a lo largo del trayecto, al final del recorrido Proust y Joyce se dirigieron la palabra por última vez.

—Es una lástima que no haya leído nada suyo, monsieur Joyce—le dijo finalmente su acompañante de asiento cuando el coche llegó a la rue Hamelin.

Joyce, quien se había limitado a mirar a través del cristal el ralo aguacero que caía sobre París, se volteó para observarlo con detenimiento: el semblante casi redondo, el bigote sobresaliente y la expresión rígida. Antes de volver su vista hacia las calles, cuyas formas se advertían temblorosas debido al alcohol, repuso:

—Es una lástima que yo tampoco haya leído algo suyo, monsieur Proust.

Y le extendió la mano, a modo de despedida, segundos antes de que el francés corriera hasta la puerta del edificio, se cubriera el rostro con la chaqueta, evitando que el agua y el frío le causaran una fulminante congestión pulmonar.

Tiempo después, luego de leer *Por el camino de Swann*, Joyce escribiría en su cuaderno de notas: <<Proust, bodegón analítico, el lector termina la frase antes que él>>.

“Sobre el muro” –

Johann Page

De todo laberinto || se sale por arriba. Leopoldo Marechal

No habría por qué discutir. Las piezas del engranaje ya están dadas, listas y dispuestas; cada una de ellas forma parte de una maquinaria mayor conformada por nuestros brazos y demás herramientas. Por eso es útil reconocernos parte de un todo, parte de una estructura superior e inabarcable cuya construcción hace mucho llevamos a cabo en esta zona.

Hemos trabajado muy duro. Días y noches enteras con el cansancio latiendo en las venas mientras se apresura el trabajo en una viga o se intensifican los refuerzos de una de las paredes. Uno aprende a no darle la espalda a cualquier circunstancia posible, a pensar más allá de los límites que lo rodean, a intuir las proximidades del peligro acechando momento a momento sin siquiera un minuto de tregua. Por ello, en las largas jornadas siempre habrá un instante para cerrar los ojos, para mirar dentro de esta estructura y, arrodillándose en medio de la penumbra sobre la roca húmeda, asumir la postura del enemigo circulando fuera de la obra, olisqueando con voracidad los incontables puntos débiles. Entonces así, con los ojos cerrados, uno se lamenta de no haberse esforzado más en la fortificación de la parte oriental de la obra, de haber utilizado dos y no tres rocas en una sección débil en lo alto de la construcción que, pensándolo bien, quizás sí hubiese requerido mayor esfuerzo, y entonces no hay descanso posible porque uno sabe que es de aquellos errores de donde se desprenderá lo peor, lo inevitable. Cuando eso ocurre, uno

debe pararse de su inmerecido descanso y satisfacer las necesidades defensivas de la obra. Sabe que no queda más salida. Y es que por fuera quizás tan solo se observe la inamovible consistencia de un muro, un muro de proporciones descomunales de cuya incuestionable función de defensa nadie podría renegar. Aquel que se traslade de un lado a otro -y para ello habría que tener suma paciencia, puesto que deben ser varios los kilómetros por los cuales se extiende el muro- jamás sospecharía, a pesar de su normal extrañeza frente a semejante estructura, de su naturaleza vacía, de la oquedad y el movimiento que rige en sus entrañas. El muro está hueco, y es por sus profundidades por donde nos trasladamos cada día y proseguimos su construcción. Podría pensarse que la medida es absurda y sin sentido, que no conduciría a nada productivo tener que construir la obra utilizando la misma piedra de la cual está hecha por dentro, pero aquel que sostenga esto habrá olvidado la triste presencia del peligro que cada día acecha sin descanso y que ya habrá dado cuenta de muchos de nosotros. La obra transcurre entonces a través de los campos dividiéndolos sin cesar a cada metro ganado por nosotros, sus órganos primarios de subsistencia. El muro avanza y el círculo simbiótico se estrecha y hace más fuerte: necesitamos del muro para sobrevivir y éste de nosotros para extenderse. Desde cada sección oscura que recorremos día a día, eso es lo que más recordamos.

Es extraño; a mí el muro me ha dado la tenacidad que buscaba para llevar en mi vida un ritmo, casi un verdadero orden frente a lo que era mi habitual caos personal. Yo me traslado con las herramientas a través de los pasajes del muro, del ancho corredor oscuro que nos protege y siento las gotas húmedas del aire circulando en silencio; cuando eso me pasa, sea la hora que sea, a veces pienso que este día me va a ser más difícil llegar hasta el extremo occidental, o al oriental dependiendo del caso (más de una vez me he confundido). Pero aquella sensación apenas dura unos instantes porque sé que en algún momento habré de llegar, que mi cara o mis manos tocarán de pronto el conjunto de piedras que conforman el límite del muro y todo empezará de nuevo. He aprendido que siempre aliviará un poco el desánimo el frotar las manos encallecidas contra la superficie de las paredes del muro; hurgar y deslizar los dedos por las grietas, por las ranuras que unen las porosas piedras que conforman las paredes produce una sensación de pertenencia, de aproximación, que es muy grata.

Hay días en que pienso en que si a mí me preguntaran si considero aún a la obra como un refugio, no sabría qué responder. Quizás en un inicio pudo haberlo sido, pero ahora que me ha dado la necesidad del día a día, del infortunio o el olor del peligro trasladándose por el corredor, entiendo que esto es sólo posible en alguien que piensa en el muro como en su hogar. Y no creo ser motivo de burla al señalar esta idea. En realidad es algo que no comprendo bien. Pienso simplemente en cómo he logrado sobrevivir gracias a mi construcción y mi esfuerzo y me siento un mejor hombre, alguien que anda más contento. Incluso he pensado, aunque esto para alguno sería un exceso, en que si no existiera un peligro inminente allá afuera del muro, si pudiese trasladarme por sus pasajes y su ancho corredor sin la angustia de un ataque inminente, o si pudiera recobrar la calma de los primeros días, en que la obra avanzaba a buen paso porque éramos varias manos trabajando juntas, quizás podría colocarme aquí algunos días a descansar, a pensar un poco más en sus galerías y, ahora sí con calma, disponer una efectiva e inexpugnable defensa. Quién sabe, tal vez podría pensar en una remodelación, en un volver a empezar de una

manera más civilizada, pausada y auténtica, una que refleje de verdad mi propia voz y mis ideas; buscar que la obra tenga algo más de mí, algo más personal y definitivo, que no deje lugar a dudas de que aquí ando yo y soy como un órgano vital, el instrumento que lo genera todo. Pero como están dadas las cosas por los últimos acontecimientos en estos días de ardua labor, todo esto me resulta imposible de solucionar.

Lo que a mí más me gusta de la obra ha ido cambiando lentamente hasta convertirse en algo casi irreconocible, algo difícil de percibir para algún extraño que venga de pronto hasta los límites de la obra e intentara acercarse. Podría llamarlo silencio, pero lo siento distinto. Basta pensar en mis días más atareados, aquellos en que yo mismo no me doy tregua con las herramientas y el sonido de éstas contra las rocas se hace potente y continuo, para descartar la posibilidad de que sea el silencio lo que ahora me agrada. Es, pienso, tal vez la ausencia unida al silencio; la ausencia de aquellos que hace mucho me ayudaban y con los cuales compartía una esperanza, una meta. No encontraré la palabra entonces porque es una mezcla de ese vacío que ha ido aumentando con los días y el silencio oportuno conjugados. Fuera de los ruidos que producen los animales de las zonas de trampas, de los débiles chillidos que emiten una vez que han caído en ellas y de sus últimos movimientos entre mis garras, ya no existe más intrusión ni señal de algo más que yo, el enemigo y el muro. Ese agujero, ese hueco dentro de mí que ha ido extendiéndose es lo que creo que ahora más me gusta de la obra. Poder transcurrir sin necesidad de evitar algo o a alguien, caminar libre como deben caminar los hombres a través de las paredes de un oscuro corredor, es sin duda una sensación extraña que desde hace algún tiempo me llena de gozo, de un indescifrable placer. Escuchar las gotas de la humedad desprenderse de las paredes y sentir el aire de las filtraciones entregado a un único destinatario, que soy yo, me hace trabajar con más empeño y seguridad que en días anteriores, cuando sentía que dependía de los otros. Cada uno es consciente de cuánto ha aportado sobre lo que le toca y asumirá consecuentemente los frutos de su trabajo. Cada uno debió de sacrificar más en un día para no dejar la posibilidad de un ataque sorpresivo presa del cual, seguramente, muchos han desaparecido. Pienso que no es mi culpa entonces que los demás que construían el muro conmigo ya no estén más aquí conmigo. La disciplina en esta clase labores, deberían enseñarlo en las escuelas, es vital para el cumplimiento del objetivo. Pasa que algunos pierden la perspectiva, la labor mecánica se apodera de ellos y no se preocupan de las necesidades de la obra y el cumplimiento efectivo de lo que ella requiera. Y allí se inicia el fin de todo elemento.

Yo he asumido el compromiso de ser libre entre estos pasajes y sé que lo que haga será indispensable para mi supervivencia. Y para ello al menos ahora sé que no puedo desaparecer a merced del enemigo por un error ajeno, lo que me hubiera causado, estoy seguro, en mis últimos momentos, un terrible sentimiento de odio hacia todos aquellos posibles de cometer tan grave falta. Es por ello que no estoy seguro de poder recordar los hechos con calma y precisión. Recuerdo simplemente a uno de aquellos constructores, uno de los últimos que quedaban, trabajando a mi lado en la parte occidental del muro (lo recuerdo bien porque creí notar en su rostro una barba muy larga y espesa y pensé que yo también hubiera querido tener una como aquella). Yo trabajaba con gran rapidez en el llenado del techo cuando pude notar que la parte que él rellenaba a poco menos de un metro se encontraba algo floja, sin la necesaria consistencia. Resolví no decir nada y,

después de trabajar más en una parte algo alejada, decidí revisar si es que él había corregido el error y, en todo caso, comunicárselo firmemente para que no volviera a ocurrir. Tenía la ligera esperanza de que él hubiese notado por sí solo su falta. Sin embargo, noté entonces al acercarme que la parte débil del techo había caído y que su cuerpo yacía devorado a un lado de los escombros. Me asusté al pensar que el enemigo andaba cerca y, luego de mirar un breve instante aquella larga barba que la luz filtrada por el orificio dejado en el techo mostraba ensangrentada, empecé a correr hasta alejarme del lugar. Corrí y, asustado como estaba, olvidé tapar el funesto agujero. Corrí mucho, recuerdo, hasta que caí desfalleciente en alguna parte del muro. No sé cuánto tiempo permanecí allí.

Varias vidas se perdieron y los días que siguieron fui tratado con indiferencia, casi con hostilidad. Por ello ahora que camino solo entre los corredores del muro me invade una sensación de alivio porque sé que soy yo quien se preocupa del muro y sus debilidades; porque sé que no habrá reproche alguno por un error cometido o la indiferencia de alguien por mi temor a lo que, simple y evidentemente, es más fuerte que yo.

Sin embargo, en estos días en que soy el único que admira o que puede admirar la magnitud de la obra sin sentir de pronto el rumor de lo callado, la persistencia de todo aquello que se ha dejado fuera de la obra, he notado en los límites del muro nuevas presencias. Son evidentes los signos de la labor que algo o alguien viene realizando sin pudor en aquellas zonas de mi construcción. Lo he sabido por todas aquellas señales que he aprendido a reconocer a lo largo de todo este tiempo. Y es que ya antes ha sucedido. No hace mucho también debí decidir si permitía o no que nuevos trabajadores participen en la construcción de la obra. No obstante, antes de decidirlo, presa de una intensa ansiedad por la inminencia de algo insuperable o catastrófico, resolví salir del muro. Lo hice de tarde, casi de noche para que la luz del día no dañara mis ojos casi inservibles para aquella época. Sucedió poco después del accidente del constructor de la barba y andaba sumamente inquieto en esos días. Encontré las señales en los límites del muro, primero en el oriental y luego en el occidental y me sentí atrapado por las ansias de sobrevivir de otros como yo. Al salir del muro por la pequeña salida que había dispuesto en caso de un ataque imprevisto y, después de alejarme unos pasos de la obra, me quedé muy quieto contemplándola recorrer los campos y perderse en la penumbra de la noche. Allí, en medio del silencio de la noche, me pregunté qué ocurriría si de pronto ésta se cerrara y mecanismos desconocidos no me permitiesen volver a ingresar. Presa del pánico, busqué de nuevo la entrada hacia la seguridad del muro pero no podía encontrarla. Subí entonces a través de las piedras hasta la superficie del techo y desde allí, aún asustado, pude contemplar a lo lejos lo que tanto había sospechado y temido. Desde allí, sobre el muro, pude ver el desplazamiento indiscriminado de extensos muros como el mío circulando en diferentes direcciones por los campos. La mayoría de ellos corriendo paralelos a mi obra, aunque alguno de incipiente apariencia, parecía ya llegar a tocarla. Los demás parecían converger con el mío tan solo a lo lejos, casi en el extremo del horizonte. Luego hallé la entrada a mi muro, y entré rápidamente con aquella visión latiendo todavía en mis ojos.

No volveré a salir del muro como en aquella ocasión. Vigilando si el enemigo andaba cerca tracé desde allí arriba aquella vez los planos para una posible dirección del muro que no implicara el encuentro con alguno otro. Me sentí tranquilo y con nuevos entusiasmos los meses que siguieron e incluso mucho tiempo después llegué a pensar que nada de lo

que había visto tendría su inevitable consecuencia. Extrañamente, en esos momentos ya no trabajaba con tanto esfuerzo, como si algo me pidiese dejar abierta una posibilidad, un pequeño riesgo que altere mi panorama; dejaba a un lado los brazos y las piernas ya no respondían con la necesaria motivación. Lo sé porque estos días en que he notado nuevas presencias me he abandonado alguna hora sobre una piedra respirando el aire filtrado a través de las grietas de la obra.

Entonces, cuando eso ocurre, uno simplemente va sintiendo cómo se hunde en el suelo viscoso, percibe el llamado silencioso de la tierra que uno guarda bajo las uñas, el olor fulguroso del musgo sobre las rocas navegando hacia las fosas y entonces, apoyando el rostro contra las paredes húmedas y tibias, uno se pierde hasta que llega el sueño y, si hay suerte, puede incluso soñar que la obra se extiende más allá de lo imaginable, que manos ajenas han llevado lo que era de uno a más amplios territorios evitando para siempre el peligro, y entonces, en ese avance se ha alcanzado incluso aquellos rincones lejanos de las puestas de sol, la maquinaria se ha trasladado a nuevos sectores de los que aún formamos parte y no sabemos nada y la construcción se hace cada vez más sencilla; en ese instante se puede soñar esas cosas sin discutir y será posible también sentirse parte del engranaje mayor, parte vital de un todo. Tal vez hasta pueda aceptarse sin tristeza que ese todo, único e infinito como todos los muros reunidos, persista también sin nosotros.

Y a veces me pienso abandonado, callado y quieto en un rincón del muro y siento que podré descansar tranquilo. Entonces olvido la amenaza de esos muros paralelos al mío y duermo tranquilo, cobijado por el calor de las rocas; sueño entonces que esos constructores me habrán de encontrar así, durmiendo en la oscuridad de mi muro, y sé, con extraña certeza que es cierto, que todo ya se hace claro, que todo muro es también una puerta y que de alguna forma, pienso, ellos no me buscarían, si no me hubieran ya encontrado. Y yo los recibiré entre mis brazos, y las grietas de nuestros muros ya no serán suficientes.

El edificio de la calle de Los Pinos

Jeremías Gamboa

Cuando el timbre de la casa sonó por primera vez en medio de la noche, lo primero que pensé fue que aquello solo podría ser producto de una alucinación o quizás de una mala broma. Llevaba acostado una hora, tenía los ojos cerrados e intentaba dormir infructuosamente después de haber sido relegado a un extremo de la cama por Lorena. Me estaba empeñando en evitar esas ideas absurdas que todas las noches se suceden en mi mente antes del sueño, cuando de pronto escuché que el timbre sonó. Con la intensidad de cualquier ruido a las cuatro de la madrugada, cuando el vecindario, la ciudad entera, parecen dormir. Abrí los ojos de golpe y permanecí así, alerta, inmóvil: solo hubo silencio. Después de unos segundos de quietud supuse que alguien había llegado tarde al edificio, tal vez ebrio, y se había equivocado de intercomunicador. Cuando el timbre volvió a sonar, menos alarmante que la primera vez, empecé a sospechar vagamente de qué se trataba. Ver a Pineda ahí, atisbando ávidamente la ventana de la casa desde la puerta del edificio, vestido tal como se había despedido de nosotros hacía más de una hora, me pareció de alguna manera lógico, lo único posible a esas alturas de la madrugada: seguramente se había

olvidado de las llaves de su casa, como muchas otras veces, de decirme alguna cosa importante —el motivo principal por el cual me visitó y que olvidó a lo largo de la noche— o de algo similar. Solo después de abrirle la reja y acercarme a la puerta, cuando lo vi entrar pidiendo disculpas por la irrupción y con el rostro desencajado, es que empecé a preocuparme. Pineda estaba agitado, distanciado, como alguien que, se me antojó, acabara de cometer un crimen involuntario. Intenté calmarlo, recuerdo haberle pedido que se sentara y me dijera con calma qué había pasado, por qué volvía a la casa después de una hora y media de habernos despedido. Él intentó controlarse, se dejó caer sobre un cojín de la sala, y después de un rato se animó a decirme aquello que, desde que lo vi parado ahí en la entrada del edificio, me temía:

—Es por mi casa —me dijo—. Alguien ha entrado a ella y no sé qué hacer.

—¿A tu piso? —le dije, entre asustado y divertido, imaginando policías, llamadas telefónicas, denuncias y yo en el medio de todo ese delirio.

—No, al piso no —respondió, cortante—: al edificio. Al edificio de la calle Los Pinos.

—Bueno, entonces cuál es el problema; un culo de gente extraña entra a los edificios de otras personas.

—No te hagas el loco —me respondió—. Tú y yo sabemos bien cómo es el edificio de la calle Los Pinos.

Tenía razón. Claro que lo sabía. Sabía muy bien cómo era. Así que no supe qué decir. Había una cajetilla de cigarrillos encima de la mesa, de modo que prendí uno nerviosamente mientras me daba cuenta de que en verdad no tenía nada que decir, como tampoco tuve nada que decir cuando vi por primera vez el edificio de la calle Los Pinos, el departamento de Pineda, las condiciones en que lo había tomado. Mi amigo me había contado más o menos cómo era el lugar que había rentado para estar por fin solo, lejos de los problemas de su familia, según me dijo, con tiempo para vivir en paz y para escribir en sus ratos libres, y la verdad es que todo sonaba muy bien. Incluso llegué a sentir algo de envidia al escucharlo: el sitio era amplísimo, lleno de luz, y estaba ubicado en el undécimo piso de un edificio que quedaba a solo una cuadra del parque central de Miraflores. Desde las ventanas de su habitación —recuerdo que me dijo esto con un brillo intenso en los ojos—, se podía ver el mar y el perfil de la ciudad. Recuerdo que lo felicité muchas veces durante esa tarde, luego del cine y mientras caminábamos rumbo a mi casa, y al despedirme lo felicité una vez más. No sé si hice bien. El día en que conocí el departamento, un domingo en que lo ayudé en una mudanza minúscula en la que apenas tuvimos que desplazar algunos libros, una cama y un televisor, comprobé que la descripción que había hecho Pineda era en buena parte cierta —aun cuando del mar no se veía más que una pequeña franja muy al fondo, entre una maraña de edificios—, pero que había algo sórdido, tenazmente perturbador en el lugar.

Lo primero que me sorprendió del edificio de la calle Los Pinos fue su aspecto: era una construcción aparatosa, horrenda y delirante. Seguramente la peor de cuantas haya habido en Miraflores. Lo segundo fue que pese a ello nunca me hubiera detenido en él: frente a mí se erguía un armatoste de unos veinte pisos, pintado de un color azul eléctrico llameante y agresivo, cuyos contornos en zigzag daban la impresión de pisos o departamentos a punto de desprenderse, de salir disparados de su base. Pensé

inmediatamente en un enorme acordeón puesto de pie, en un sángruche desacertado, en una enorme nave espacial que nadie se animó a lanzar al espacio y que ahora existía como una absurda pieza de museo o una guarida de ratas o de locos.

Pineda se acercó a la base de esa nave y de pronto, de un punto casi invisible a primera vista, me descubrió la puerta de entrada: se paró al lado de una reja intimidante y después de muchos forcejeos liberó su candado; abrió las dos alas de fierro y desató un chirrido escalofriante que no olvidé incluso cuando seguí tras él cargando las cosas y me vi reflejado en una de las dos paredes de espejos que flanqueaban el corredor, un pasadizo estrecho que conducía irremediablemente a un antiguo ascensor: a un lado pude ver una lista que enumeraba los inquilinos morosos del edificio y los nombres de algunas sociedades de abogados, de ciertas agencias inmobiliarias y los consultorios de lo que parecía una clínica para enfermos mentales. No había ningún movimiento en el lugar, pese a que era una tarde de domingo: solo un hombre dormía abandonado en una oficina minúscula que más bien parecía una caseta, apenas resaltado por la luz de su mesa. Una vez en el piso once me interné en una ramificación caprichosa de pasadizos absolutamente oscuros. Comprobé que los focos existían, pero estaban todos apagados. Presentí un par de golpes fuertes a unos metros delante de mí, un traqueteo crispado, el sonido de otra reja casi igual de sólida que la anterior y de pronto un disparo de luz que nos cegó: era su departamento. En el momento en que miraba la ciudad desde sus ventanas, las calles de Miraflores por un lado, los edificios lejanos de San Isidro por el otro y más abajo la calle Porta, me di cuenta, con pánico, de que ese era un edificio destinado solo a oficinas en el que nadie, excepto él, se quedaría a dormir esa o cualquier otra noche. Entonces fue que no encontré las palabras.

—Es un sitio muy extraño—le dije por fin, resolviendo el tema de una buena vez, acabando mi cigarro y matándolo sobre el cenicero junto a los demás puchos que nos habíamos fumado toda la noche mientras hablamos con Lorena y escuchábamos música—, jodido.

—De noche sí, lo admito—respondió, secamente.

—Claro, claro—le dije.

No quise añadir más y me levanté para ir a la cocina—«¿Quieres un café?», le pregunté, «¿una gaseosa?» «Un té», me respondió—, abrí el caño para llenar la tetera y mientras veía el agua correr volví a pensar en lo duro que sería vivir en ese lugar. Me daba cuenta de que solo una persona como Pineda podría resistir en esas condiciones casi seis meses. Después de una noche en que Lorena y yo, luego de varias negativas, fuimos a visitarlo a su departamento, ella se había resistido totalmente a la idea de volver una sola vez más al edificio. A nadie en su sano juicio se le ocurriría pasar una sola noche ahí, me decía. Entrar a través de esa reja que nos abrió el portero legañoso, la oscuridad del corredor acentuada por los espejos que nos reproducían y que apenas entreveíamos por la luz de la linterna del guardia, las puertas abiertas del ascensor hacia un espacio tenebroso desde el cual tuvimos que llamar a nuestro anfitrión, el eco de nuestras voces por todos los pasillos y la aparición espectral de Pineda entre la oscuridad para guiarnos a su cuarto, fueron demasiado para ella. Él notó su nerviosismo y le dijo, disculpándose, explicándose, que como el edificio era de oficinas, los propietarios habían acordado restringir la iluminación de los pasillos a partir de las nueve de la noche, pero por gestiones suyas eso no había

ocurrido con el ascensor. Cuando Lorena le preguntó si en efecto él era la única persona que se quedaba a dormir en ese sitio, si los tres en ese momento éramos los únicos que ocupábamos toda aquella enorme construcción, él dijo que teníamos que pensar las cosas desde otro punto de vista. En verdad el edificio era un sitio seguro; todo aquel que entraba o salía a cierta hora de la noche tenía que atravesar las rejas o pedir que alguien las abriera, y el único que vivía en el lugar, que tenía las llaves, era él. Después de esa cita, echados en la cama, Lorena y yo descubrimos asustados que ese espacio era perfecto para cometer un crimen, violar a una mujer o torturar a una víctima a lo largo de una noche lenta y minuciosa. Mientras servía el té me preguntaba qué le habría podido ocurrir a Pineda ahora, qué cosa lo había obligado a regresar a nuestra casa así, en ese estado. Recuerdo que dejé las dos tazas sobre la mesa y me quedé mirándolo, sus manos entrelazadas, sus ojos enterrados en el piso, fijos en un punto imposible de identificar. Le dije que el té estaba caliente, que se sirviera. Él tomó un sorbo y luego hizo un silencio. Me quedé callado, esperándolo. No fue necesario hacerle pregunta alguna.

—Llegué a casa hace unos minutos, después de despedirme de ustedes y no noté nada raro —empezó a decir—. Siempre me fijo con cuidado que nadie merodee cerca de la puerta de mi edificio porque la calle Los Pinos es oscura y uno nunca sabe las cosas que pueden aparecer por ahí. Tú sabes que soy bien cuidadoso, así que cuando abría las rejas estaba seguro de que no había nadie a mi alrededor, pero después el tiempo que toma abrirlas es un poco largo y cuando tuve un ala separada a cada lado y lo vi aproximarse hacia donde estaba yo, no me quedó otra cosa que mantener el control. Me saludó con un monosílabo y yo hice lo mismo. Me pidió permiso para pasar y lo hice inmediatamente, pensando que de lo contrario podría sacar un arma o algo así. Después lo vi avanzar por el pasadizo con dirección al ascensor.

—Hiciste bien, claro —le dije, pero Pineda no parecía escucharme. Me sentí estúpido.

—Después hice como que entraba yo también pero luego de unos pasos me detuve. El hombre se acercó al ascensor y lo llamó, esperó a que se abriera y se metió en él. Cuando la luz del interior del aparato lo iluminó, pude ver que era una persona adulta, de ojos como perdidos, hundidos. Pensé que quizás era un drogadicto que se ocultaba de alguien, un ladrón, no lo supe bien. Yo me quedé en el pasillo, a la espera. El ascensor se cerró y en medio de la oscuridad, una vez que me acerqué a las puertas, vi que las luces indicaban que la máquina subía y se detenía precisamente en el piso once, en donde yo vivo, y que se quedaba ahí. Tuve deseos de salir corriendo del lugar. Ya empezaba a caminar hacia la salida cuando me contuve en la puerta y fríamente, con una determinación que desconocía en mí, me acerqué al ascensor y lo llamé para ver si el hombre aparecía en él. ¿A quién podría visitar en ese lugar si no a mí? El aparato comenzó a bajar y cuando se abrió —yo estaba a varios metros ya, pegado a la reja— nadie ni nada salió de él. Me di cuenta de que el hombre estaba en el piso en que yo vivía, seguramente me conocía, quizás quería robarme o matarme; lo cierto es que posiblemente se había quedado agazapado en la oscuridad esperando que yo subiera para saltar sobre mí. Me dio pánico, me acerqué a la puerta, cerré las alas de las rejas con calma, puse candado en ellas y salí a caminar a la calle.

—Dentro de todo hiciste lo mejor, en verdad —se me ocurrió decir—, lo mejor.

—Caminé durante un rato por el parque tratando de aclarar mis ideas. Pensé por un momento ir a un hotel a dormir hasta mañana y entonces, no sé, pensé que quizás podría quedarme aquí, en la casa de ustedes, molestarlos, solo por esta noche.

—Claro, claro que sí —dije, algo nervioso, aunque no sabía muy bien por qué estaba así—. No hay ningún problema.

Terminaba de decir esto cuando escuché un movimiento detrás de nosotros, una posible agitación de sábanas y almohadas en el cuarto de al lado, unos pasos: Lorena seguramente quería saber si hablaba solo. Apareció con los ojos agotados, el pelo sujeto por un gancho y, tal como yo un rato antes, se sorprendió de encontrar ahí a Pineda. De inmediato intenté tranquilizarla, decirle que no era nada. Alguien se había metido al edificio en donde vivía nuestro amigo y él había decidido venir a estar con nosotros, solo como una medida de precaución. Lorena sonrió y entró en la cocina. Distendió todo diciendo que no le sorprendía nada viniendo de Pineda; de Pineda siempre se podía esperar cualquier cosa.

Pineda reía de una manera algo fría mientras tomaba su té a sorbos espaciados. Lorena se puso a hablar con él y él volvió a contar todo de nuevo, con lujo de detalles; mientras lo hacía y ella asentía a todo con una expresión atenta fui consciente una vez más de la compasión que sentía por él. Al principio a Lorena le pareció un hombre extraño, algo perturbado, y le costó aceptar su proximidad. Solo con el paso del tiempo se dio cuenta de que Pineda era un buen tipo, algo errático, de veras entrañable. Nos habíamos conocido en la Universidad San Marcos. Él estudió Literatura solo hasta el segundo o tercer ciclo, cuando tuvo que retirarse para ayudar a su familia. En aquel tiempo yo estudiaba Cine en la de Lima y tenía la pretensión de terminar estudios de Literatura en San Marcos también. Nos hicimos amigos rápidamente. Quizás porque era necesario serlo, porque nos sentábamos cerca, porque los dos éramos, en modos distintos, bichos raros allí, porque a los dos nos gustaban los mismos poetas y músicos. Ambos dejamos esa universidad casi al mismo tiempo, aunque por causas diferentes. Nos vimos contadas veces. Con el tiempo me enteré de que era fotógrafo también y que había empezado a trabajar en distintas publicaciones viviendo a las justas con los pagos exiguos que recibía. En un momento, gracias a la gestión de un amigo común, empezó a colaborar en la revista que *El Comercio* sacaba los días sábados, primero como fotógrafo exclusivo de notas que todos los demás reporteros gráficos rechazaban —recorridos por cerros peligrosos, reportajes sobre bandas de matones o enclaves de fumones y malandros—, después como ocasional redactor y luego como redactor y fotógrafo de notas de viaje por el interior del país. Mis amigos me decían que prácticamente vivía en la revista, siempre pidiendo qué hacer, en qué ayudar, como aferrado a una tabla tras un naufragio, como quien se juega el pellejo en cada cierre de edición. No resultó raro por ello que con el tiempo lo contrataran. Se convirtió en un esforzado redactor de planta y tras un par de años lo ascendieron a editor adjunto. Desde entonces Pineda tuvo un sueldo seguro y estable: un día dejó la casa de sus padres, en el Rímac, y se fue a vivir a Miraflores. Lo que nunca imaginé después del esfuerzo que le supuso su sacrificado ascenso a través de esos tres o cuatro años, es que una vez en posesión de la estabilidad por la que tanto había luchado, escogería un sitio tan lúgubre y sórdido como ese para vivir; muchas veces me imaginé si secretamente él mismo se había impuesto ese castigo o si intentaba expiar con él algunas culpas, algunas responsabilidades de las que

jamás hablaba. Él decía que pagaba poco por el piso, que era una ganga frente a otros espacios céntricos de Miraflores y él había querido siempre vivir en Miraflores. Yo, igual, nunca llegué a entender por qué un lugar así, un edificio como el de la calle Los Pinos.

—Está muy bien que te quedes aquí —escuché decir a Lorena—; mañana ya averiguarás lo que pasó.

Ambos nos miramos fugazmente y yo no tuve el tiempo suficiente para leer sus ojos. Durante esos últimos meses habíamos salido a manejar bicicleta por los malecones de Barranco y Miraflores junto a Pineda, lo habíamos invitado con frecuencia a la casa para almorzar o cenar los fines de semana, lo habíamos acogido las veces que él había llamado a preguntarnos dónde estábamos, qué hacíamos, dónde nos podíamos encontrar. Tuve conciencia de que no tenía nada de extraño que él terminara por dormir en nuestro piso, a nuestro lado, en un día como ese. Me pregunté cuándo ella se cansaría de esa clase de situaciones. Había un silencio entre nosotros.

—Lo que debes hacer es pensar si ese sitio te conviene, Pineda —dijo de pronto ella—. Parece un poco peligroso.

—Es posible, sí —dijo él, apesadumbrado.

Prendí otro cigarrillo justo cuando Lorena preguntaba si ese tipo de cosas le habían pasado antes, si un espacio como ese no le había traído algunas experiencias anómalas. Pineda encendió también un cigarrillo después de acabar su té y yo puse música muy baja. Lorena lo miraba como esperando su respuesta.

—Me han pasado un par de cosas medio extrañas —admitió.

Sentados uno al lado del otro, de pronto con las manos entrelazadas, ella y yo escuchamos que durante ciertos días, sin entender bien cómo, cuando llegaba a su casa muy tarde después de los cierres de edición en la revista, escuchaba, entre los pisos cuarto y quinto, porque así se lo indicaban las luces del ascensor, la voz de una soprano que cantaba a capela.

—He creído siempre que se puede tratar de una radio que algún guardián escucha en las clínicas. No se me ha ocurrido apretar el botón cuatro o cinco y salir a uno de esos pisos a averiguarlo.

—Debe de ser difícil llegar muerto de miedo a la casa de uno, ¿no? —disparó de pronto Lorena. Yo prendía un cigarro con la ayuda de otro que acababa de fumar.

—No es tan así —dijo él—. Casi nunca he tenido problemas. Solo una vez me ha pasado algo al interior del edificio. Un día que llegué totalmente borracho. Solo un día, por cierto. He llegado ebrio a mi casa muchas veces y nunca he tenido sobresaltos. Y ese día, como los otros, apenas cerré las rejas del edificio tras de mí me sentí en casa, muy a gusto. Como todas las noches, fui por el pasadizo, tomé el ascensor, caminé casi de memoria por los pasillos y llegué a mi cuarto muerto de cansancio y borrachera. Me quité la ropa y cuando estaba metido en la cama escuché claramente que alguien golpeaba salvajemente la puerta de mi departamento. El ruido me dejó helado. De pronto estaba sobrio en mi cuarto con la piel erizada y a oscuras porque apagué la luz de un salto, instintivamente, pensando que quizás lograría despistar al extraño. Estaba allí pensando en todos los objetos contundentes que tenía alrededor y con los que, por último, tendría que enfrentar al otro en caso de que llegara a irrumpir en mi departamento. Me acerqué a la cocina y cogí un cuchillo muy grande, uno capaz de causar un corte profundo, irreversible, y de pronto me

sentí fuerte y seguro de que a cualquiera le sería difícil reducirme. Me quedé esperando el forcejeo de la puerta, inmóvil, en posición de ataque, pero detrás de esta solo había oscuridad y quietud. De pronto volví a oír ese repiqueteo igual de intenso pero lejano. Desde la ventana de mi cuarto noté que se trataba del ruido de una máquina que trabajaba en la construcción de un centro comercial en la esquina de mi casa. Sin embargo no estuve seguro de si el ruido que me alarmó fue aquel o uno producido en los pasadizos de mi piso. Esa noche dormí con el cuchillo entre las sábanas.

Lorena también prendió un cigarrillo pese a que ella no acostumbraba fumar, y menos a esas horas. Por un momento no supimos qué decir y ella no se animó a preguntar nada más. Tampoco se nos ocurrió dormir. Creo que hablamos de otro tema o que el mismo Pineda cambió la conversación. La hora había avanzado y en un momento Lorena se paró y trajo una colcha y una bolsa de dormir, también alguna ropa mía para que él pudiera cambiarse. Dijo que tenía sueño, se despidió de los dos y se fue a acostar. Antes de hacerlo dijo que mañana nos haría un desayuno muy bueno y que en la tarde Pineda como mínimo nos tenía que invitar un almuerzo como agradecimiento por nuestra hospitalidad. Él dijo que claro, que encantado lo haría. Cuando ella se fue no sé por qué me arrepentí de haberme quedado con él, pero ahí estaba, sin tener claro qué decir. Escuchamos un disco que no había podido mostrarle cuando estuvo en casa unas horas antes. En un momento, mientras él se concentraba en la música, me di perfecta cuenta de que aún estaba frente a él, desvelado, porque tenía una pregunta que hacerle y supe que no podría dormir hasta no tener una respuesta para ella.

—Oye, hermano —le dije de pronto—, ¿por qué decidiste irte a vivir a ese lugar?
Pineda me miró con extrañeza, como si no entendiera la pregunta.

—Es decir, por qué precisamente ese lugar si hay otros tantos en Miraflores, tantos que también puedes pagar.

Él se rió, meneó la cabeza de una manera que podría juzgar despectiva pero también resignada. Yo apagué la música. Entonces le dio una pitada a su cigarrillo y empezó a hablar:

—Conocí el departamento un día domingo por la mañana y pensé que era un lugar como cualquier otro, con mucha gente que vive en diferentes departamentos, vecinos que te saludan, niños que juegan, esas cosas. Recuerdo que la primera vez que entré a él una luz muy bella, hasta nítida, caía de lleno en todo el espacio y lo iluminaba de una manera que jamás había visto en toda mi vida. Estaba también la vista. Desde mi cuarto, si haces un esfuerzo, es posible ver el mar. Sabes que me gusta mucho abrir las ventanas de mi cuarto y ver el mar. Me gusta despertar y de pronto correr las cortinas y ver la ciudad y más allá el mar. Es como vivir en otro país, como no estar en el Perú. Después entendí todo lo que hemos hablado ahora, que nadie más que yo vive en el edificio, que es algo extraño dormir en esas condiciones, pero creo que es muy tarde para arrepentirse. De algún modo yo trabajo demasiado de lunes a viernes, casi no estoy en casa los días de semana porque llego a las tres o cuatro de la mañana y salgo a las diez a la redacción, y los viernes por la noche me emborracho y duermo todo el sábado, y el sábado en la noche me vuelvo a emborrachar y el domingo los visito a ustedes o a veces, cuando los extraño, a mi familia. Entonces no estoy mucho tiempo ahí.

—Como si huyeras del lugar —le dije de pronto, como quemando el último cartucho, como diciéndome que no había llegado hasta ahí por nada—, como si nunca quisieras estar ahí.

—Quizás sí, lo he pensado también, no creas, quizás un día decida buscar otro lugar en el cual vivir, me mande mudar, lo olvide todo. Pero es que de pronto, cuando me levanto de mi cama y sé que no hay absolutamente nadie alrededor y las cortinas están llenas de luz y al abrirlas sé que veré al fondo la línea azul entre dos edificios que es el mar, entiendo que el edificio, con todo lo que tiene, con todo lo extraño que es, me gusta, no sé cómo explicarlo. Como si fuese un lugar mío, mi lugar, ¿entiendes?

Una vez más me quedé sin palabras y me di cuenta de que decir cualquier cosa sería inútil o no tendría sentido. Pensé de pronto que cada quien, en el fondo, busca el sitio en el que está cómodo y nadie lo obliga a permanecer en él, el sitio en el que uno siente que encaja y al que pertenece como yo pertenecía a esa quinta en Barranco, a ese sitio en el que Lorena dormía y que nuestro gato recorría una y otra vez, en el que se veían mis libros de poesía regados por el piso, los discos que escuchaba con ella muchas veces después de hacer el amor y hablar y hablar y hablar horas de horas de la gente que conocíamos, entre ellos Pineda, su vida extraña, su casa de locos. Miré a mi amigo a los ojos y le sonreí, y creo que en esa mirada le dije de alguna manera que tenía razón. O al menos eso intenté.

—Oye, Diego —me dijo algún tiempo después de haber estado callados mirando el piso del cuarto—, ya no es necesario que te preocupes por mí, es tarde y yo estoy muy bien. De verdad.

Le dije entonces que me iba a dormir, lo abracé y me fui al cuarto. Me descubrí en un momento al lado de Lorena, alarmado, extraño, sin deseos de dormir. En un momento tuve ganas de ir al baño —o eso creí— y a oscuras, para no despertarlo, pasé por la sala. Desde el umbral pude atisbar la bolsa de dormir que Pineda ocupaba. Entre los cojines me pareció advertir que su sombra se expandía y se encogía a una velocidad mucho mayor que la de alguien que respira dormido; más bien parecía la de alguien que se retuerce de dolor, que se ahoga o que simplemente llora. No sé bien. Cerré la puerta del baño súbitamente y decidí no prender la luz. De un momento a otro, quizás por la oscuridad, por la hora, recordé al hombre que había entrado al edificio de la calle Los Pinos y que, por una maniobra involuntaria de Pineda, había estado encerrado en él toda esa noche, aún estaría ahí, recorriendo los pasadizos, las escaleras, topándose con las rejas de la salida. Entonces me pregunté, con miedo, con pena, con una extraña mezcla de los dos, cómo podría hacer para llegar sin heridas a mi habitación, a la cama en la que debería estar durmiendo con Lorena.